

IV

EL CRÁTER NUEVO



No bien amanecía cuando desmontamos en La Olla, y, devolviendo los caballos para Tequepexpan, emprendimos inmediatamente la subida á El Ceboruco, en unión de dos de nuestros mozos y de dos leñadores de aquel pueblo, que hacen en las boscosas cumbres de Coapan, y que, habituados á repechar vericuetos y salvar abarrancaderos, podían sernos útiles en algo más que en dar la mano á los criados en el transporte del abasto para dos días, y de la tienda de campaña que había de albergarnos en la siesta y durante la noche.

Vamos provistos de bastón puntiagudo con larga contera de hierro y puño dispuesto para aferrarlo á las rocas á que no alcance nuestro brazo, y de manoplas de gamuza que nos defiendan de sahornos en las manos al asirnos de las aristas filosas. Yo llevo, además, colgados al hombro, de

un lado la pequeña cámara fotográfica, y de otro un frasco de aguardiente de Ojén.

El sol de aquel día memoratísimo en los anales de nuestra errante vida, nos halló trepando por el derrumbamiento de basaltos y lavas del cuarto periodo de erupción, que invadiera ese flanco de La Coronilla y se extendiera hasta Las Puertas. La subida es muy dificultosa: por donde quiera que buscamos paso se multiplican los hacinamientos de rocas, y cada vez que levantamos los ojos nos parece que en el intervalo en que dejamos de ver hacia arriba se han conglomerado muchos más. ¡Y tener que caminar por tan ásperos berrocales casi diez kilómetros!

El sol se eleva rápidamente, y resueltos en ascender sin premura, pero sin intermisiones innecesarias, seguimos subiendo sin detenernos á contemplar el dilatado y espléndido panorama que ilumina, y aun sin volver la vista más allá de los negros contornos de El Ceboruco. Aquí resbala y rueda una piedra á nuestro peso, allá enviamos un avalancha de escorias á los que vienen atrás, y en algunos repechos hay que afretarnos con el corvo puño del bastón á las rocas, ó lo colgamos al brazo y subimos asiéndonos de las aristas con la mano enguantada. Y así tenemos que seguir hasta la cumbre: no es posible ascender de otro modo por este sendero nunca hollado, y, si no es por nuestra planta, ni trazado siquiera. Vemos hacia adelante promontorios de basaltos y ceniza que se apiñan y emburujan, donde nos parece que

no podremos conservar el equilibrio, y que rodaremos despedazándonos.

Mozos y leñadores nos siguen alegres, turnándose en la conducción de tienda y provisiones, las que se atan á la espalda: son de leve ajobo, y no acrecientan mucho su fatiga.

El negro caos de rocas se prolonga, se ensancha, se eleva más y más á nuestros ojos: la grandeza de la fúnebre montaña, vista de cercas y palpada, agobia nuestro espíritu, cual si pesase sobre nosotros tan ingente mole; pero la suerte que correremos abandonados al azar de aquella ascensión por donde ningún pie humano ha pisado, no nos aterra: antes bien los temores que abrigáramos de algún peligro, serían incentivos y despertadores de valor y energía. Vamos á lo desconocido presurosos y contentos. ¿Qué ha de pasarnos? Domina los recelos de la arriesgada aventura nuestra confianza en su éxito, y huyen los presentimientos pesimistas. No atendemos á más que á caminar adelante y hacia arriba, y sólo cediendo al cansancio suspendemos un rato la marcha, y nos sentamos, resoplando, medio desfallecidos y palpitándonos el corazón acelerada y ruidosamente.

Con ánimo y esfuerzo cada vez más potentes vencemos poco á poco la peñascosa altura: hincamos el bastón ó nos abrazamos á los basaltos y lavas donde pudiéramos caer y rodar.

Jadeantes, casi sin alcanzar á respirar, bañados en copiosa exudación y esprimiendo los pañuelos con que la enjugábamos, llegamos poco antes de

las diez de la mañana á la altura en que se dominan los cráteres de la región septentrional de El Ceboruco, y son los de El Molcajete Grande, El Molcajete Chico, colocados en una misma línea hacia el norte, y el Tequepexpan, en la misma dirección del segundo, pero hacia el poniente. Sus aberturas no son orbiculares ni elípticas; pero sí corvas y dilatadas. A la distancia á que las vemos no es posible apreciar su profundidad. Su anchura, á no ser de forma irregular, sería como la del rondel de una plaza de toros de medianas proporciones. Sus bordes están erizados de rocas, parecidas á endriagos que se asomaran para vernos.

Cuando el sol se aproximaba al cenit, fué preciso suspender por algunas horas la fatigosa ascensión, y dimos orden de colocar la tienda en un declivio menos pronunciado, á que nos encaminamos. En un periquete quedó desplegada y firme, y tras largo descansar recostados á su sombra, desvalijamos el portaviandas de camino, bien abastecido de *sandwich*, mortadela y Macón. Allá lejuelos, por la entrada de la tienda, veíamos á Tequepexpan y los gruesos remolinos de polvo que se levantaban altísimos en el lomerío que la circunda, y que caminaban rectos, llevados por el viento y dorados por el sol. Desde el pueblo se percibiría sin duda la claridad de nuestra tienda en medio del negro Ceboruco, á modo de exhalación de vapor blanco y densísimo, que saliera de un boquerón abierto súbitamente en aquella ladera.

No del todo repuestos con el descanso anterior á

la comida, nos dormimos después de ésta, hasta cerca de las dos de la tarde, hora en que, con nuevo entusiasmo seguimos caminando. ¡Adelante! ¡Arriba! Eran exclamaciones que repetíamos tan resueltos y animosos, que ni una erupción nos habría hecho retroceder.

La roqueda es más pendiente aún, y trepamos con mayor dificultad que por la mañana, casi arrastras en algunos repechos; pero la cumbre dista todavía muchísimo: parece que se retira de nosotros, y desesperamos de alcanzar á ella antes de que oscurezca.

Abrumados por el sol en aquel abrasado monte que, al parecer, arde con fuegos interiores, según en las manos forradas de gamuza y en la planta del pie, á través de la dura suela, sentimos la candencia de los basaltos, es único refrigerio la pasadiera sombra de nubes voluminosas que por encima del volcán se ciernen, se detienen como á mirarle y pasan lentas y magestuosas, llevadas por el viento hacia otra región del infinito.

El sol, al declinar, alarga nuestras sombras, y abulta con disformes jibas las de los mozos que llevan á cuestras las provisiones y la tienda de nómadas, nuestro aduar en aquel fúnebre desierto, y parecen un grupo de gigantes, negros como aquellas rocas, y salidos de antros invisibles á perseguirnos porque invadimos aquel reino de la muerte; y en nuestro seguimiento, suben, se tienden y saltan como nosotros.

Al oriente y al occidente cubre á trechos el hori-

zonte el capuz moracho de las tormentas que caen, y por la obscura masa de nubes descolgadas que tocan en la tierra, cruzan relámpagos silenciosos; á nosotros no llega ni el más leve retumbo, ni una ráfaga del viento que amontona y deshace aquellas lejanas tempestades. Por cima del volcán siguen pasando altísimas nubes, alargándose, despartiéndose, obscureciéndolo y cobijándonos con su fresca sombra movediza.

Al atardecer, fué instalado nuestro aduar á gran distancia del sitio en que acampamos á medio día, y á mucho mayor altura; y adentro del cono de lona suavizada la pendiente del cerro removiendo los basaltos menos pesados. La puesta del sol que contemplamos desde aquel paraje, fué triste y sombría, sin los matices y arreboles con que se ilumina el occidente. Las tormentas ocultaban las sierras que el sol había transpuesto, y velaban las magnificencias del crepúsculo. Por cima de los nimbos salían largos y anchísimos rayos de sol que iluminaban las cumbres del volcán: paulatinamente iban levantándose, hacíanse más oblicuos y contrastaba el intensísimo azul del cielo con la sombra que cubría la tierra y con las nublazones distantes.

Llega la noche, obscura como de interlunio, y pavorosa sobre la negra montaña rodeada de negros horizontes que nos inquietan. En la profundidad del firmamento vela un cirro—estrato las estrellas, y las nubes que desde en la tarde cubren las lejanías de la tierra se han espesado y extendi-

do en dilatadísimo cielo: las recorren á intervalos culebrillas de brillante argento que no iluminan sino la densidad de la cerrazón. Bajo el firmamento nuboso y en medio de tempestuosas lontananzas, la inmensa mole negra de El Coboruco parece tocar en el cielo con su teso, y con su base ocupar toda la tierra.

Exhautos de fuerzas, casi aniquilados por la lucha sostenida para subir, después de nuestra cena, repetición de la comida: ruedas de *sandwich*, tajadas de mortadela y un vaso de tinto, nos dormimos en los brazos de aquel padre de la destrucción, mirando por la lona de la tienda el trasluz de los lejanos relámpagos, y rogando al cielo que no aconteciese nada que nos hiciera lamentarnos de lo que nos ufanábamos y á ratos nos parecía temeridad: la ascensión al inexplorado Cráter.

A la mañana siguiente, no bien marca el índice de nuestro reloj las cuatro y media, nos ponemos en marcha *Duralis* y yo, y los mozos y leñadores quedan en el campamento. A lo largo de levante, el cielo se tñe de un verde nilo luminoso en que se delínean las cimas oscuras de la Sierra Madre Occidental. Paulatinamente se eleva esa verdina claridad, dejando su lugar á un rútilo fulgor, y brilla el orto con una faja de oro encima de la sombría cordillera, la de verdegay sobre aquella, y arriba de ésta el pálido azul del cielo en que aun titilan las más brillantes estrellas.

La subida era más empinada: nos parecía inaccesible, y, sin embargo, nuestra fuerza de voluntad

y de músculos luchaba por dominarla. No avanzábamos de frente, sino en zigues zagues, y en algunas acumulaciones de lava y ceniza era necesario trepar como cuadrumanos. La pesantez de los basaltos, inmovibles aun estando sueltos, favorecía nuestra ascensión. Descansábamos de los anhelantes esfuerzos, para volver á la brega.

Las fumarolas aparecían ya con su grandor de montículos, y con el de gruesas espiras las exhalaciones que desde abajo se asemejan á girones de tenue niebla. Abajo, en la negrura del cerro, blanqueaba nuestra tienda, y mozos y leñadores sentados cerca de ella no apartaban la vista de nosotros, dispuestos á correr en nuestro auxilio, si correr se pudiera en esos berrocales pendientísimos.

Llegados á la altura de los cráteres, nos sentamos á reposar. Nuestras manoplas de gamuza y nuestro bastón puntiagudo, de férrea contera, nos habían ayudado á obtener ese triunfo. Eramos los primeros en remontarnos á la más alta cumbre de El Ceboruco, y en acercarnos al Cráter Nuevo. Hemos necesitado de mucho valor, de mucha paciencia y de mucha garra para caminar por aquella sáxea montaña, cencida y sin veredas, como sin verdura y sin sombra, sin alegría y sin vida.

Recorremos con los ojos la anchurosa cavidad del Cráter Nuevo y vemos distante la del antiguo, casi de iguales dimensiones, más allá de las fumarolas que entre ambos se levantan sobre un lienzo de rocas basálticas y lávicas. Parecen las cúspides que los rodean, las siete hirsutas melenas de algún

monstruo antediluviano, y los cráteres las cuencas vacías de sus enormes ojos apagados y secos.

La forma de ambos es oblonga, irregular, su longitud sensiblemente idéntica, acaso no mayor de quinientos metros, y su anchura, de oriente á poniente, como de trescientos, salvo en el antiguo, que es más abierto hacia el sur. La paredes laterales del nuevo son casi rectas, y sobre la cortina de roquedos eruptivos que los separa, se alzan las fumarolas, montecillos de cortes regulares y simétricos. Vistas desde el sitio en que estamos, dos de ellas dibujan su conoide en el vacío del antiguo cráter, y la tercera se adelanta un poco hacia el medio día y parece colocada entre las eminencias de que están circuidos ambos cráteres. Es en aquellos momentos, la única que despide vapor, si bien con intermitencias, y, ya tan delgado, sutil é incoloro, que casi se confunde con la atmósfera, y apenas si se advierte por su ligero movimiento, ya denso y blancazo, semejante á nubecilla pasajera que roza el vértice, y suele percibirse al pie de El Ceboruco, y aún á larga distancia. Aquí en la altura, al salir esas fumaradas, se oye un soplo vigoroso, capaz de helar los huesos y causar estremecimientos.

Para ver hacia el fondo, preciso es orillarnos al Cráter: queremos avanzar, y vacilamos. ¿Cómo sujetarnos para no caer, si nos desvaneciere el abismo? Pero no conformes con verle á siete ú ocho metros de distancia, nos decidimos, juzgando que no es tan peligroso, por estar la orilla en declivio

hacia afuera en aquel punto. Tomados de la mano, y enterrando la contera de los bastones, intentamos llegar al Cráter. A cada paso se ahonda más á nuestra vista, y se prolongan hacia abajo sus paredes erizadas de rocas, como infinitos dientes de gigantescas mandíbulas que se abrieran para tragarnos. Casi á dos metros de distancia del borde, nos soltamos de la mano, dejamos los bastones de pesada contera, nos tendimos bocabajo y colocamos la cabeza encima del gran Cráter. ¡Qué profundidad, qué abismo! Lo baña el sol desde el cenit, y da lustre á la pez y cambiantes verdosos, flavos, blanquiscos y parduscos al azufre, á la ceniza, á la pómez detenidos en las rocas salientes. Sus paredes bajan casi verticales, hasta donde, á centenares de metros, se estrecha el abismo y se pierden de vista en la obscuridad. Distínguense inúmeros basaltos con aspecto de gentes descabezadas, deformes, que se agarran unas á otras, como si subieran por aquellos relices. Cerca de media hora estuvimos *Duralis* y yo contemplando aquel vacío profundísimo, incomensurable, lleno de contrastes; de claridades de sol y negruras de sima, y remirando sus dilatados contornos, bruñidos y resplandecientes en medio de sus tonalidades atezadas y grises; y quedó grabada en nuestra alma aquella visión apocalíptica, la mayor de nuestras impresiones de occidente, que ningún rasgo ni detalle descriptivo harían sentir á mis lectores, sino sólo la realidad, la inmensidad de aquel abismo, lóbrego aun inundado de luz, que horada la montaña y

penetra en las regiones del fuego.

Hicimos rodar un basalto, y se estrelló en otro de la pared del Cráter, y fué dando tumbos en los de abajo, produciendo un rumor de voces huecas y de carcajadas roncacas, como si las gentes descuartizadas que parecían escalar la sima, rieran de la caída de uno de sus semejantes, ó vociferaran de espanto. Arrojamus otro con más violencia, y desapareció en la hondura sin el más leve ruido.

Cuando nos levantamos, apartando los ojos de aquella profundidad y volviéndolos hacia el horizonte, nos pareció estrechísimo: El Ceboruco, menos elevado, y los campos y las eminencias del contorno más cerca de nosotros; y era todo el occidente lo que se ofrecía á nuestra vista, caldeado por el sol y matizado de mil tonos alegres, desde la Sierra Madre, hasta el océano Pacífico que azuleaba muy lejos, envuelto en tenue evaporación. Veíamos desde allí las gándaras como planicies, los bosques como praderías, las carreteras como trochas y las poblaciones como manchas blanquísimas entre matizos de verdura.

Nuestro descenso fué rápido, relativamente á la lentitud de la subida, y llegamos al campamento al obscurecer, por lo cual decidimos no continuar bajando, sino hasta el día siguiente, y reservamos para la madrugada los hachos que habían de alumbrarnos el camino. Emprendímosle á las dos de la mañana, en procesión fúnebre, llevando en alto los hachos encendidos; pero *Duralis* y yo no podíamos bajar aprisa con el nuestro, y como los de

nuestros compañeros daban luz suficiente, lo apagamos y devolvimos á un mozo.....

Al demediar la tarde reposábamos en una cabaña de La Olla, rodeados de la docena de habitantes del vallecito de Coapan, quienes nos miraban con asombro y nos interrogaban con curiosidad. Nuestras caballerías ensilladas nos aguardaban á corta distancia, y una hora después desmontábamos en la posada de Tequepexpan.

Al día siguiente partimos para Santa María del Oro, de donde pasamos al cortijo de El Mirador, á tomar la carretera de Tepic para El Monte de los Cuartos.



UNA NOCHE EN EL ESTERO

elta
ndi-